

El paisaje toponímico asturiano: unidad dentro de la diversidad

Julio Concepción Suárez. <http://www.xulioes.com>

*El paisaje toponímico asturiano:  
unidad dentro de la diversidad*

(1)

*“Un fait est certain: il y a chez nous des rivières,  
des communes et des lieux-dits,  
dont le nom subsist depuis dix,  
vingt, trente mille ans peut-être...”* <sup>1</sup>  
*“... ceux qui ont donnée des nomes communs,  
ont pu produire des toponymes à des époques plus récentes”*  
(Éric Vial)

Extracto del texto publicado en

*El paisaje toponímico asturiano:  
unidad dentro de la diversidad.*

*Discurso leído por el autor*

*en el acto de su solemne recepción académica  
el día 18 de mayo de 2011.*

Contestación por el Ilmo. Sr. D. Joaquín Fernández García.

Edita Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.

(Introducción, 1)

Ilmo. Sr. Director

Ilmos. Srs. Miembros del RIDEA.

Señores y Señoras.

Amigos y amigas.

En cumplimiento de lo acordado por ley para el ingreso como miembro de número en esta Institución, presento hoy ante vosotros mi discurso sobre un tema asturiano, que espero sea de vuestro agrado, y algo aporte a lo mucho ya investigado por tantos otros y otras que lo hicieron hasta ahora en esta casa, o lo expusieron en esta sala. Es para mí un honor estar aquí, donde hay otros muchos que, sin duda, podrían estar, tal vez con más méritos que yo.

He de reconocer que yo puedo estar aquí hoy también, gracias al apoyo de unos cuantos que me animaron a ello, y de los que me votaron en concreto. Les doy las gracias a todos y espero no defraudarles, haciendo lo que pueda y sepa, como hice hasta la fecha en la medida de mis posibilidades y tiempo disponible. La enseñanza lleva su tiempo, tantas veces para escasos resultados. La ilusión, en cambio, nadie puede estorbarla, sobre todo en un campo tan entrañable como el que ofrece nuestro paisaje multidisciplinar asturiano: el paisaje toponímico en este caso, objeto de mis trabajos, y ahora de estas mismas palabras.

*Siempre con aquel paisaje de la infancia en la retina*

Ciertamente, mis largos años ya de grato estudio y de trabajo en una zona rural continuaron aquellos recuerdos infantiles por los montes de Lena: el misterio de los caprichosos nombres de lugar, para mí entonces (los praos, las carbas, las brañas), las palabras del suelo, tantas veces muy parecidas o iguales a las que usábamos de mozacos por las caleyas. Me fue intrigando progresivamente con el tiempo el significado de aquellos lugares de mis montes, a veces tan parecidos a los de otros conceyos, o al de otras regiones y países, a medida que dejábamos de ser guajes y empezábamos a recorrer otras geografías regionales o europeas con ocasiones diversas. Tal vez porque algunos al menos siempre llevamos en la retina y en el alma un paisaje imposible de borrar, que bien describe Julio Llamazares:

“Como hay un idioma materno que te enseña a nombrar las cosas, hay un paisaje materno, con el que aprendes a ver el mundo. Luego conoces más lenguas y más paisajes y pueden ser más bonitos, pero ninguno te parece mejor. Éste es el espejo en el que me empecé a mirar cuando era pequeño” –dice Julio Llamazares–.

*Porque en el principio de casi todo, suele está la palabra*

Tal vez por eso, por el misterio de los nombres del suelo, el paisaje que pisamos siempre me pareció el recurso más preciso a la hora de entender el entorno que habitamos, y de entenderse a uno mismo a lo largo de los años: uno aprende y se comprende cuando parte de lo que ya tiene, lo corrige y lo proyecta en todas direcciones para seguir construyendo y progresando con las herramientas de que dispone en cada etapa. Sobre todo, construimos sobre palabras del terruño a modo de raíces que se ramifican en los diversos campos del saber: el aprendizaje multidisciplinar, que se dice ahora.

Porque en el origen de toda ciencia, en cualquier rama libresco o no, están las palabras: sin palabras, por primitivas o de *pueblu*, o por técnicas y científicas que resulten al oído, sin palabras todo sigue siendo masa amorfa, indiferente, sin sentido para los propios usuarios. Sin palabras, no hay paisaje humanizado. Por esto mi afición ya larga a las palabras y a su origen más o menos próximo o remoto: palabras asturianas, castellanas, científicas, técnicas, informáticas... Y en especial, a las palabras del suelo. Como dice Josep María Albaigès:

"Hay quien va por el mundo cazando perdices o conejos; otros cazamos topónimos".

El enigma de aquellas palabras toponímicas de mis años más mozos se iba aclarando con los estudios posteriores (lexemas, morfemas, prefijos, sufijos, etimologías...), hasta el convencimiento de la existencia de todo un lenguaje compacto, universal, del suelo, sin más fronteras artificiales que las administrativas de una región a otra, o de un conceyu al siguiente. En el caso concreto asturiano, en el lenguaje toponímico son más, muchas más las coincidencias que las divergencias: la unidad es evidente desde los preindoeuropeos a nuestros días, como intentaremos demostrar ahora con la brevedad posible. El texto completo en la publicación del RIDEA suplirá el resto de los datos.

*Y en el sentido recuerdo de quienes tanto aprendí desde guaje hasta estos mismos días*

Para los agradecimientos por tantas informaciones recibidas desde los años de *guaje* por las caleyas hasta estos mismo días, tendría que dedicar muchas páginas: en el último *Diccionario etimológico* (KRK, 2007), ya cito unas novecientas personas, y seguro que unas cuantas quedaron sin incluir. Debo aquel léxico y aquellos nombres de mi paisaje infantil a los padres, güelos, vecinos y vecinas de Herías y pueblos circundantes.

Pero, sobre todo, debo mi aprendizaje léxico y toponímico a todos aquellos y aquellas informantes por los 78 conceyos asturianos, con los que tantas horas tuve el privilegio de compartir en vacaciones y fines de semana: alleranos, quirosanos, teverganos, somedanos, cabraliegos... (algunos, tristemente desaparecidos ya). Con otros lugareños contrasté los datos por otras regiones vecinas o alejadas, a los que estoy igualmente agradecido (leoneses, gallegos, salmantinos, cántabros, aragoneses, leridanos, franceses, portugueses...).

Como debo tantos nombres y matices de nombres a tantos amigos y amigas, compañeros de trabajo o de aficiones montaÑeras, durante tantas otras cruzadas por el monte con ocasiones diversas. Sin olvidar unos cuantos alumnos y alumnas, luego exalumnos y exalumnas, con los que me siento muy agradecido (y *remozáu*, si fuera posible), al compartir algunas andaduras con ellos. Hasta me siguen llamando a veces para "leer" el monte lejos de pupitres y de notas. Honor doblado, en los tiempos que corren.

Y ni se me ocurre olvidar a la familia claro, mis tres mueres (Marisa, Lucía y Olaya) que más de una vez se les haría larga la espera, a veces para reencontrarnos en el hospital claro, por algún mal paso entre las peñas. Todo sea por los topónimos olvidados en los rincones más recónditos de nuestro paisaje verbal asturiano, en tantas mayadas dormido ya en silencio para siempre. También los nombres se van de las montañas con el último pastor que cierra una cabaña: a veces hasta merece la pena partirse el alma por ellos (los *güesos*, gracias a la naturaleza y, sobre todo, a los traumatólogos, vuelven como estaban otra

vez). Porque la verdad es que la perspectiva toponímica se volvió un poco deporte en mi caso, con algunos riesgos, como en todos los deportes, claro.

*Con el impulso necesario para seguir cosechando topónimos a modo de las esfueyas de antaño tras la cosecha otoñal*

No puedo menos de citar el apoyo etimológico que supuso para mí Jesús Neira, con su intuición certera, sobre tantas palabras del asturiano, luego aplicadas en toponimia. De Neira y Alarcos viene, en parte, esa afición a las etimologías de las voces que usamos diariamente por calles o caleyas. Muy útil me resultó también la visión prudente y minuciosa de Martín Sevilla para las raíces indoeuropeas, en alguna conversación inolvidable que pude compartir con él para consulta de estos temas.

El descubrimiento de un allerán como Juaquín Fernández, no sólo experto en hematología y otras habilidades médicas, sino *vaqueru de mocecu* por los puertos alleranos de Vegará, fue para mí un aliciente decisivo en esta perspectiva etnolingüística, más allá de la fonética pura y la etimología aislada. Con la prodigiosa memoria de Juaquín para los nombres y costumbres vaqueras de su infancia, pude seguir aclarando algunos detalles más que explican topónimos de hoy, ya opacos para la inmensa mayoría, una vez que tantos otros vaqueros se fueron para siempre de su braña.

Por esto le pedí también a Juaquín que contestara mi discurso, algo que mucho le agradezco. Como agradezco a Ramón Rodríguez, a Matías Mayor y a Juan Luis Rodríguez Vigil, el detalle de su apoyo a mi candidatura para esta plaza, en razón de mis trabajos con esa orientación hacia el *etnopaisaje* en su conjunto (que se dice ahora). Gracias a éstas y a otras muchas personas, hoy estoy leyendo aquí estas palabras, que no son por ello sólo mérito mío: son posibles, gracias a la aportación y hospitalidad de todos aquellos y aquellas que tanto me aguantaron tantos años (con merienda, cena y cabana, incluida tantas veces en el mismo paquete gratis).

En fin, un trabajo de campo, por placentero que resulte al autor, a sus amigos, a muchos aficionados a estos temas por los pueblos, nunca llega a su cenit si no hay alguien que apueste por él y lo *asoleye*. Mis ya largas investigaciones toponímicas por brañas y pueblos se fueron publicando en diversas editoriales y revistas, pero tengo que destacar una en especial y un editor: Benito García Noriega que se atrevió a publicar en KRK ya un par de diccionarios, el último de los cuales pasaba de las 1.300 páginas. Ciertamente, es un deber agradecerlo en los tiempos que corren, pues a mí me llevó unos cuantos años resumir todos mis topónimos (hay en el diccionario más de 30.000); y a él, sin duda, muchas cuentas para poder salir airoso del empeño.

#### Palabras previas

##### 1. *Conceptos: lenguaje común y lenguaje toponímico.*

Como va quedando adelantado más arriba, la toponimia es el ‘estudio del nombre de lugar’ -que dice la palabra-, pero esta rama de la ciencia etnográfica va mucho más allá de la etimología aislada: el nombre del paraje fue en su origen remoto un nombre común, una palabra corriente (raíz monosílaba, bisílaba), varios milenios atrás, o en el momento en que se fue asentando sobre un terreno. La voz toponímica fue usada por los hablantes primitivos para comunicarse, para señalar cada lugar con una función distinta al lugar de al lado. Para formar paisaje en unidad con el suelo: en su origen PAGUS (‘poblado, aldea; luego, distrito, campo’), de donde el paisaje verbal que siempre supone un espacio colonizado, usado por humanos. Sin palabras toponímicas, no habría paisaje, sino suelo, terreno más o menos productivo.

Por eso, los espacios que no se usan no llevan nombre, mientras que los rincones más apartados, por estériles que fueran, si tenían uso, o si había que prevenirlos, advertirlos, se les describía con la palabra adecuada. Por esto la misma palabra oral, de uso diario entre los pobladores, quedaba asentada sobre el terreno con un signo toponímico: no es que se bautizaran los suelos, sino que poco a poco la palabra quedaba asociada al paraje, y enraizaba como una planta más. En el principio, no había dos registros: el común y el toponímico. Sólo un lenguaje: el oral, para comunicarse en aquel entorno

complejo de la familia, de la sociedad, del terreno que iban conquistando los pobladores para sus productos y recolecciones diarias. Varios milenios, siglos atrás, las palabras empezaron a formar un componente más del paisaje. Como dice Josep María Albaigès:

“Dentro de la palabra ocupa un lugar especial el topónimo, que inicialmente emanado del nombre común para ser aplicado a un lugar concreto, va siendo trabajado a su modo por cada generación, que lo transformará, pulirá y construirá su propia versión para uso de la siguiente. Pueblos que pasan a habitar los mismos lugares recogen el nombre de éstos, y con el paso de los siglos, extinguido su significado primigenio, transmiten fascinantes mensajes desde generaciones trasapeladas de la memoria actual, en lenguas ya incluso desaparecidas, permaneciendo a menudo como un orgulloso misterio que hay que saber descifrar” (*Enciclopedia...*, p. 7)

Por esto, podríamos decir que la toponimia es un aspecto más lenguaje: el mismo lenguaje social aplicado al suelo. El lenguaje toponímico usado desde varios milenios atrás: dice Éric Vial que algunos nombres de lugar, mayores o menores, fueron nombres comunes que produjeron topónimos desde hace diez mil, veinte mil, treinta mil años, hasta estos mismos días’ (*Les noms de villes e de villages*, p. 10). Sería el caso de raíces tan generalizadas en la toponimia europea como \*ALP-, \*ALB- (blanco, agua), \*KAR- (roca), \*ES- (agua que fluye) y tanto otros que iremos viendo.

*Entre Escuyu y Escoyo: los acuerdos callados de los pueblos*

En ese lenguaje del suelo cada topónimo se fundió pronto con cada rincón concreto: nombre y paraje se identificaron como un todo, de forma que al pronunciarlo o al escucharlo, cada nativo sólo pensaría en un sitio concreto. Los alleranos conservan un caso ejemplar de dos lugares casi contiguos en un mismo valle, a pocos metros el uno del otro, en estructura comunicativa perfecta: si dicen *Escoyo*, ye un pueblu sobre Cabanaquinta; si dicen *L’Escuyu*, ye un pueblu bajo Cabanaquinta; y los dos están en el mismo *conceyu ayerán*; los dos a muy pocos kilómetros entre sí; los dos se tendrían que registrar por la metafonía usual...

Pero los nativos ni los confundieron ni los confunden: cada palabra lleva a su lugar sin titubeos. Fonética y pragmática fundidas: etnolingüística de cada pueblo concreto, de ahí la importancia de estudiar los topónimos no aislados, como pura cuestión fonética o etimológica, sino en estructura: unos se fueron construyendo al lado de los otros, en interacción social comunicativa, evitando siempre la confusión.

El peligro de uniformar fonéticas mantenidas por los lugareños terminaría con ese preciso repertorio de normas pragmáticas (lingüísticas y no-lingüísticas) que los lugareños fueron acordando tácitamente para entenderse entre ellos. Ni sólo *L’Escuyu* (lo esperable); ni sólo *Escoyo* (lo acordado). Los dos a un tiempo en el asturiano de la zona, si bien tal vez dos estadios sucesivos de la lengua: sin metafonía y ya con metafonía. En palabras de Moralejo Lasso sobre la *Toponimia gallega y leonesa* (p. 12):

“Pueden quedar en los topónimos indicios de antiguos detalles ya desaparecidos o modificados... Y sirven, en fin, desde el punto de vista lingüístico para ayudar al estudio de aspectos dialectales y arcaicos de la lengua, por ser generalmente los topónimos más conservadores que las palabras comunes y corrientes”.

*Lo que se dijo y lo que se escribió: dos registros complementarios en el tiempo*

No obstante, el lenguaje toponímico, si bien más lento que el lenguaje de las *caleyas*, evoluciona también en la fonética y en el significado: fue *Ovetum*, *Ovetao*..., en los documentos medievales, pero hoy es Oviedo para la mayoría; como nadie dice *Flaviana*, sino *Laviana*, *Llaviana*, en algunos casos... Ni *Popula*, *Pobla*..., sino *Pola* (las Polas asturianas, estudiadas por Ignacio Ruiz de la Peña).

Por esto, la lengua oral parece el documento más fiel a la hora de recoger la última forma seleccionada popularmente por los nativos, al margen de los vaivenes escritos: se dijo *La Pola Vieya* (luego, *La Pola'l Pino*), *El Puiblu*, *A Veiga* (luego *Vegadeo*), *L'Angliru*, *L'Angleiro*, *Chanos de Somerón*... Simplemente se dijo entre los nativos, aunque en tantas otras ocasiones no se haya escrito: la lengua oral lleva en edad muchos milenios a la lengua escrita. Por eso representa la voz más espontánea, el sentimiento popular.

En la lengua oral laten todos los registros empleados en un topónimo: otra cosa será la posibilidad de llegar sólo a los más recientes (dos, tres generaciones), de forma directa, por la memoria de los güe-<sup>5</sup>los; más atrás, se llega por la lengua escrita en topónimos mayores, más conocidos, pero con tantas variantes que poco aseguran en ocasiones; otras veces, diversas manipulaciones y otros intereses institucionales hacen poco fiables esas mismas formas o su localización incluso, pasadas por el filtro de los notarios, amanuenses, literatos más o menos cultistas....

Incluso García Larragueta y otros documentalistas hablan con claridad de documentos falsos entre los ss. IX y XIII sobre todo. Es el caso del topónimo *Puente de los Fierros*, que aparece en la documentación medieval como *Puente de los Sierros*, tal vez por interpretación del amanuense o notario castellanizante de turno. Guillermo Mañana recoge cientos de variantes toponímicas por los Picos de Europa en documentos catedralicios de Oviedo, León, Valladolid..., para nombres como *Sella*, *Carmameña*, *Poncebos*... (*En torno a la Peña Santa*, 1994).

La forma local antigua de un topónimo se deduce también indirectamente: refranes, dichos populares, correcciones de notarios, textos literarios escritos que recogen el topónimo como marginal, vulgar; coplas, mofas y rivalidades en los conceyos vecinos... Esas supuestas incorrecciones respecto a la lengua oficial son testigos de la lengua también. Todo ello va atestiguando que la forma de los topónimos fue cambiando a lo largo de milenios, siglos, décadas...

#### *Desde aquella comunicación local, a la comunicación virtual*

Hoy mismo, la comunicación digital (*foros, redes, webs, blogs*...) está influyendo en millones y millones de usuarios, más allá de los nativos: los topónimos que difundan estas redes pueden asentarse en delante de manera insospechada, con riesgo para aquella misma palabra lugareña que sobrevivió al dos mil. Otra vez, para bien o para lo que sea... Y así se oye hoy a vecinos que quieren llamar a su pueblo, por ejemplo, *Gamonéu* (y no *Camonéu*, como fue antes); o *Bueño*, *Guimarán*, *Yanos de Somerón*, *Moal* (y no *Chanos de Somerón*, como reconocen los propios vecinos que fue de antiguo); *Ribadesella* (a pesar de *Junseya*, *Seyaño*, bien al lado)... El topónimo es parte de la identidad de un pueblo, pero el pueblo sigue decidiendo con los criterios actualizados de un milenio, en el que el aumento de usuarios y circunstancias (locales o globales) tiene voz y voto también. La fuerza de la comunicación digital decide en el lenguaje toponímico también.

Por otra parte, llos cambios de un topónimo se van sucediendo en el significado, a su vez, para lo que hay que cotejar igualmente registro oral y registro escrito, cuando se encuentra. Los nativos, puesto que usaron el topónimo como lenguaje comunicativo en su contexto, siempre tuvieron la sana intención de interpretarlo: no sólo de repetirlo sin entenderlo, porque lo hubieran oído así de sus mayores. Hoy mismo seguimos creando topónimos para entendernos, como *La Rotonda*, *L'Apeaderu*, *El Basureru*, *El Polígono*, *L'Aparcamientu*..., que de momento están muy claros; pero no podemos asegurar la misma claridad en un futuro.

Con el paso de generaciones y costumbres, la referencia llega a perderse a veces; por esto, al preguntar a un paisano o paisana por el significado de un nombre, puede responder que no lo sabe, pero también puede tener su versión local: es el caso de la llamada *interpretación popular* tan mal vista por los fonetistas más puros, por los puristas de la toponimia investigada como simple etimología reducida a fonemas. Previene también Albaigès en este sentido:

“Entre toda la variedad de datos, el toponimista avanza con prudencia, buscando ante todo cuantas fuentes escritas le sea posible... No sólo debe guardarse de las

etimologías populares o ‘latinas’ sino desconfiar de las reflexiones seudosabias forjadas por ciertos intelectuales y ser capaz de superar las grafías erróneas. Es muy necesario saber recoger sobre el terreno las informaciones de los naturales del país, sin otorgarles sin embargo un valor supremo. Deberá dirigirse especialmente a los ‘viejos del lugar’... y tomar buena nota de sus pronunciaciones, que pueden estar en estado más puro que las adaptaciones de la toponimia local a la lengua corriente y estandarizada. Y desde luego, observar y anotar muy atentamente las características del paisaje y del país, sin olvidar documentarse muy bien sobre su historia: muchos episodios cobran su explicación a través de ella” (*Enciclopedia...*, p. 13).

## 2. *El lenguaje toponímico del suelo entre los cambios de los tiempos*

Como se viene diciendo, para el lugareño, el topónimo es parte del paisaje, de su paisaje concreto; por eso, cuando la palabra no es completamente extraña a la lengua común, intenta una interpretación con el sentido de otras palabras y costumbres usuales en la zona. Florecen así explicaciones populares en la conversación *baxo cualquier horro o al mor de cualquier fúu na cabana*. Es sugerente el caso del *Pozu las Muyeres Muertas*, alto entre los pueblos de Allande, Cangas...

Imprescindible la estructura etnográfica del paraje, una vez más. De un pozo en la cima, que tal vez tallaran los romanos para aquellas extracciones mineras, en una zona vaqueira de piedras *mutsaes* (blandas, que se deshacen en cemento a veces), y entre unos pastos veraniegos de aguas *muertas* (que no son ni de una ladera ni de la otra, comunes, en litigio siempre por los pastos), los lugareños tejieron su leyenda explicativa, transformando la palabra *mutsaes* en *mutseres* y en *muyeres*, finalmente.

Y así nos intentan sanamente convencer de que el topónimo se debe a unas *vaqueiras* de Luarca que, en el descenso de las brañas de alzada en el verano a las de invierno, se habían olvidado unas mantas en la cabaña; por ello, al final de la seronda subieron a buscarlas; les sorprendió una gran nevada – continúa la voz oral-, por lo que se metieron en el pozo a resguardarse; pero siguió nevando varios días, hasta quedar completamente sepultadas, de modo que ya no pudieron salir vivas. Cuando, subieron de nuevo los vaqueiros de alzada en primavera, allí las encontraron muertas bajo los últimos manchones del neveru.

La interpretación del topónimo, urdida con el ingenio de tantas otras leyendas de la literatura oral asturiana, siempre un poco didáctico, es un buen ejemplo del convencimiento popular de que todo topónimo algo hubo de significar en su tiempo, por mucho que se haya disfrazado hoy. Y hasta es un honor para ellos haber dado con esa explicación: tal vez un símbolo de aprecio social por la función de las muyeres en la transhumancia vaqueira, impropriamente asociada a los hombres, casi con exclusividad.

Los lugareños de los pueblos altos, bien sabrían del sacrificio de las vaqueiras tras las vacas y las reuas por caminos y cabanas, pues los trabajos serían doblados para las *muyeres*, con la casa a cuestas la mayor parte del año (trabajo en el campo, más los hijos, el ganado menor...), con invierno y nieves incluidos, como reza en el topónimo. Por lo que se deduce de la leyenda, los hombres descansaban en su estancia invernal; las muyeres, en cambio, volvían a las brañas altas, aunque fuera para traer unas simples mantas olvidadas por el verano. La leyenda tiene su toque feminista auténtico, en el sentido etimológico de la palabra. Lo recuerda el topónimo, por imaginativo que resulte.

Como es evidente, la mayoría de las palabras de un paisaje se distanciaron más o menos de su uso y de su significación original. En palabras de Jesús Neira.

“El topónimo ha sido efectivamente en su primera fase una palabra más de la lengua, con una estructura fónica y morfológica, con un contenido, todo en relación de semejanza o de oposición con otras palabras. Por alguno de sus rasgos semánticos fue seleccionado para designar un lugar

El paisaje toponímico asturiano: unidad dentro de la diversidad

Julio Concepción Suárez. <http://www.xulioes.com>

concreto. Al quedar convertido en topónimo, pasa a predominar la función designadora, señalativa y, en consecuencia, tiende a aislarse de los otros vocablos con los que estaba relacionado. Este relativo aislamiento crea condiciones favorables para una evolución fonética peculiar. Unas veces, el término queda como retrasado, arcaizante; otras, por la tendencia a la motivación del signo lingüístico, experimenta cambios «irregulares». No es sólo la discordancia en el ritmo evolutivo la que determina el progresivo oscurecimiento del sentido originario del topónimo. Otros cambios pueden producirse en el entorno físico y humano que acrecientan esta oscuridad: cambios del cultivo, transformaciones de la flora o de la fauna, nueva organización o nuevas relaciones sociales. Todo este complejo de circunstancias se orientan en la misma dirección: hacer del topónimo un signo arbitrario, despejarlo de su motivación inicial”.

7

*Entre la globalización y la glocalización, hay un espacio nuevo en toponimia*

Como vamos deduciendo, los topónimos, de una u otra forma, siguieron el pulso humano de los tiempos: cambiaron y seguirán cambiando a su ritmo lento, misterioso, pero, en todo caso, serán sus usuarios los que los vayan transformando, con sus criterios del milenio. Ahí quedan tantas protestas en torno a letreros que se cuelgan a la entrada de los pueblos sin consulta previa a los nativos: tal vez tendría que ser como dice el letrero; o sin duda sería lo esperable. Pero quien hizo siempre la lengua, desde tantos milenios a tras, fue el pueblo, claro. La norma sólo corrobora los hechos consumados, pero años después.

Con una nota más a tener en cuenta en el contexto globalizado y glocalizado que se dice ahora. Los usuarios de un topónimo son hoy muchos más que los del territorio (el terruño) del poblado: entre la globalización y la glocalización se creó un espacio hablado y escrito nuevo para bien o para lo que sea. Un topónimo, hasta hace pocas décadas, era pronunciado poco más que por los habitantes nativos y de alrededores, algunos montañeros, algunos mapas en los que podía aparecer, castellanizado casi siempre... Poco más.

En este milenio digitalizado, comercializado de forma real y virtual, las redes sociales, el turismo rural, los/las guías de montaña, los foros, facebook, googlemap y compañía, usan el topónimo más recóndito a miles de kms del espacio original. De ahí la importancia de estudiar con rigor el rico nomenclátor asturiano (microtoponimia y toponimia mayor), para que no se difunda con una distorsión sustancial entre el paisaje verbal y del paisaje geográfico en el que fue creado durante siglos con cada palabra exacta. El pueblo es muy sensible a los cambios caprichosos de un topónimo, por mucho que se haya extendido oficialmente otra versión: si es el pueblo quien creó, o quien aceptó una forma, será el pueblo quien lo vaya cambiando a su ritmo social y digital también, según cada milenio.

*La marginación toponímica existe también al lado de las otras*

Por esto, convendría escuchar de nuevo la voz del pueblo, para que no se extiendan formas toponímicas antipopulares, ni polémicas que sólo consiguen vaciar un topónimo de su función etnográfica en cada contexto. En palabras de Felipe-Senén en el prólogo a la obra de Cabeza Quiles, *Os nomes da terra...*:

“Existen tamén ‘contaminatios’, as marcadas influencias chegadas por tódolos camiños, e si antes eran pola emigración, hoxe son polo fenómeno da globalización, por certo intervencionismo, máis burocrático que científico, pouco cavilado e descoñecedor da historia e o país. Coido que en ocasións obrouse á lixeira cos topónimos, normativizáronse á lixeira, queremos dicir, esa mesma frase dioxoma ó

El paisaje toponímico asturiano: unidad dentro de la diversidad

Julio Concepción Suárez. <http://www.xulioes.com>

respeto Filgueira Valverde. Unha cousa é como se fala e outra é como se escribe”.

Entre nuestros topónimos desplazados, sirva lo ocurrido con el ejemplo del *Picu Urriellu*: por razones diversas, a lo largo del siglo XX se llegó a generalizar el nombre de *Naranjo de Bulnes*: trabajos en la zona por técnicos extranjeros, o de otras regiones peninsulares; estudios geológicos desde la perspectiva castellanizante, sin interés mayor por el asturiano local; turismo masificado, montañismo de records y plusmarcas..., tantas veces entendido sólo como actividad superpuesta sobre contornos rurales en retroceso... Se llegó casi a anular por completo el nombre de *Urriellu* usado por los cabraliegos. O simplemente, *El Picu*, como insisten los pastores mayores de la zona. Queda la voz sentida en esta copla escuchada a una pastora de Bulnes:

“Por qué me llamas Naranjo,  
si naranjos yo no tengo:  
llámame Picu Urriellu  
que es mi nombre verdadero”.

3. *Una misma estructura lingüística del suelo: monosemia, polisemia, sinonimia, antonimia, homonimia..., el lenguaje metafórico, el símil, en toponimia también*

Como ocurre en el uso común de la lengua, muchos topónimos asturianos son puramente *monosémicos*, un solo significado: La Felguera (la tierra de los *felechos*); Ribadedeva (la ribera del río Deva); Vegadeo (la vega del río Eo); *L'Entrego* (la entrada); *Soto Ribera* (el bosque de la ribera del río), *El Fontán*, *Cimadevilla*, *Puertas de Vidiago*, *La Pena la Portietsa*... En otros casos, puede haber una simple *homonimia* que el lugareño forma sobre la palabra común más usual: *El Mayéu'l Guey*, *Güey Muertu*, *El Cotséu los Pioyos*... (donde ni bueyes ni piojos). O *Penacabello*, *La Cuesta'l Caballo*... Simplemente, un *podio* (lat. PODIUM, altozano), en el primer caso; la cabeza, lo más alto del valle (CAPUT VALLEM), en el segundo. Hoy las palabras son las mismas, pero el significado nada tuvo que ver en sus comienzos.

Especial mención merece el *lenguaje metafórico* aplicado a un paraje, por similitud a las partes del cuerpo humano en el léxico más familiar: *Cabeza Jana*, *Los Cabezos*, *El Güeyu'l Río*, *El Diente Urriellu*, *La Muela*, *La Boca los Asprones*, *La Garganta*, *El Tsombu*, *La Tsombra*, *La Llomba*, *La Manona*, *El Veneru*, *El La Rena*, *El Tacón*, *Pieferriru*... Los nativos fueron describiendo el paisaje por el parecido que algunas recuerdan con distintas partes del cuerpo humano: la cabeza, la boca, la garganta... O del cuerpo animal: *Rabo de Asno*, *La Burra Blanca*, *Espinas de Can*, *El Cuirnu*, *Tira-cornales*, *La Conchartedo*... O por similitud con tantos otros utensilios familiares de la casa, en ocasiones con etimologías diversas, pero transformadas al lenguaje toponímico: *La Mesa*, *La Masera*, *L'Arca*, *Los Panes*, *La Cocina*, *El Vatsé'l Pletu*, *El Vatsé l'Ascudietsa*...

En otros casos, la imaginación popular va transformando el sentido original de un topónimo a partir del uso que le van dando los lugareños. Como *La Fuente'l Vaso* (Picu Penarruea, en Quirós; y en La Pena Tsago, Lena): en realidad, se trata de un pequeño manantial tallado por el agua en la caliza, y orientado al norte, al *aveseo* (lat. ADVERSUM, contra el sol, en este caso).

Desde ahí, los ganaderos que suben en verano a aquellas cumbres tan escasas en manantiales, agradecen sobremanera un trago de agua en plena calisma estival; así imaginaron un recipiente en la forma que ofrece la pequeña oquedad caliza al contener el agua, y terminaron por describir el pequeño manantial como *La Fuente'l Vaso*. En una circunstancia parecida en Allande, la imaginación evolucionó hacia *La Fuente'l Beso*, y *La Fuente los Enamorados*, al tratarse de un manantial al lado de un paseo sobre el río, y en circunstancias idílicas entonces. Hay otra *Fuente los Enamorados* en Ciudad Rodrigo (Salamanca), no sabemos si con la misma imaginación o no.

*Entre la polisemia y la homonimia, se diversifica el topónimo otras veces*

Por simple interpretación toponímica, los lugareños crean en ocasiones un segundo topónimo derivado: dan su explicación de un nombre, cuando en el uso común fue perdiendo la referencia original, y

aparece otro ligeramente distinto en la forma y hasta sin nada que ver ya en el sentido a veces. Así desde una *fuenta* (latín FŌNTEM) en combinación con otra palabra se llegó a *Fonfría, Junfría*, de tantos manantiales; los pastores del oriente asturiano crearon entonces *Juanfría, Juan Robre, Juan Porqueras, Juan Sabeli...*, en esa preocupación constante de buscar y transmitir explicaciones al suelo que pisan a diario, con supuestos protagonista o héroes del paraje incluidos. Es decir, ‘la fuente fría, la fuente de mineral rojizo, la fuente de las porquerizas (zonas de xabalinos)’ se transforma simplemente en *Juan*, imaginado pastor del paraje, protagonista de alguna aventura nunca aclarada por nadie. Simple reconstrucción fónica ingeniosa.

En muchos otros casos, el lenguaje toponímico funciona con criterios parecidos de evolución en el lenguaje común. O en el lenguaje informático, sin ir más lejos: hoy ya nadie se extraña de que al pinchar con el *punteru* del *ratón* por la pantalla del ordenata, se vayan desplegando palabras como *menú, ventanas, herramientas, paletas de colores, tablas, celdas, anillos, cadenas, flechitas, manos, pinceles, capas, redes, virus, antivirus, gusanos, troyanos, vacunas...*, voces todas ellas tomadas por asociación de otras más familiares y representativas manejadas a diario.

El lenguaje toponímico se fue construyendo y evolucionando en el tiempo en sus distintos niveles fónico, morfológico, léxico, semántico, pragmático, siempre de forma denotativa o connotativa para los usuarios de cada espacio habitado, siempre más o menos familiar.... Se fue creando el lenguaje toponímico en el tiempo. En palabras de Victoriano Colondrón Denis la toponimia viene a ser:

“El léxico de la tierra..., y el de las partes y parcelas en que el hombre la divide y la organiza... Las palabras que hacen falta para hablar de las mudanzas del tiempo y de la variada condición de meteoros... La nómima propia de la caminería..., de la industria rural del agua y el viento... Y los nombres de las plantas y de los animales”.

*Las palabras ‘crecen’ también entre las plantas: Cuelgaloscuras, El Tollu l’Obispo...*

En otros casos, la imaginación popular sigue dando vueltas a un topónimo hasta que alguien da con una explicación al otro lado del término vulgar, tal vez en busca de antecedentes más nobles, o de agudezas menos disimuladas. En pleno robledal de Munietsos, en la pendiente ladera izquierda del valle entrando al bosque, casi al borde de la cima, hay una sierra caliza muy abrupta, enmarañada, con precipicios por ambas partes, muy sombría por la cara norte-noreste la mayor parte del año. Los lugareños dieron en llamar *Cuelgaloscuras*.

A juzgar por las distancias y por lo intrincado del monte, puede que no se trate más que de un simple adjetivo *oscuras*, aplicado a las peñas enlazadas en la serraspa inexpugnable. Como las peñas sólo aparecen *oscuras* (sombrias, *avisigas*) en otoño-invierno, cuando el sol está más bajo (da de ala), cuando duran más las nieves y los hielos, el topónimo quedó también opaco, sin sentido para la mayoría que lo contempla; en cambio, en el verano, aquellas calizas brillan más, pues el sol cae encima, los días son mayores, y no destacan especialmente las sombras de la peña. Perdido el referente romoto, quedaba un espacio lingüístico vacío para la recreación popular, una vez más.

Desde *oscuras* a *los curas*, el paso es muy pequeño, teniendo en cuenta, además, que entre Cangas del Narcea y pueblos de Ibias siempre sonó bien el artículo plural masculino *os*, semejante al galego. De esta forma los nativos sólo tuvieron que separar el adjetivo *oscuras* en artículo más sustantivo: *os curas* (los curas, claro). Y como las peñas son abismales, lo más ingenioso, no exento de su gracia irónica, fue poner delante el sustantivo *cuelga*, que en asturiano significa ‘cosa colgada, conjunto de cosas que se cuelgan del pescuezo a veces’. La actitud (o la acritud social) de alguien quedó colgada del topónimo también: las peñas donde dicen que colgaban a los curas –nos explican, no muy convencidos en la zona.

De tono pastoril bien distinto es *El Tollu l’Obispo*: profunda vaguada de camperas bajo Campa la Obia y L’Angliru, en pleno Aramo, con abundantes neveros que se van volviendo pequeñas lagunas

temporales hasta el verano arriba. Según los vaqueros de Riosa y Morcín, el nombre se debe a un obispo que se bañaba en aquel lavajo (el tollu, pozo, foso) un poco mayor, en sus días preferidos de vereneo en la braña. Otra vez, la reconstrucción fónica para crear un contenido.

Pues todo hace pensar que sólo se trate de la raíz céltica \*TULL- (hueco, hoyo), más el prerromano \*AU-, AB-, \*OB- (agua), bajo una ladera tupida de *espinos* hasta bien arriba, camino del Picu'l Gamonal. De la combinación extraña, al par de *Campa la Obia*, surgió la interpretación a su modo, en un pozo con agua y en una zona de espinos... De ahí, El Tollu l'Abispo, nos detallan orgullosas unas mujeres con buena memoria de su infancia en aquellas brañas.

*Tampoco las carreteras se hicieron para los coches, sino para los carros y carretas...*

Los ejemplos se multiplican, con más o menos creatividad, en aquella perspectiva cultural de contar historias a través de los topónimos también. Como más arriba se apuntó, intriga a muchos caminantes el caso del *Pozu las Muyeres Muertas*: a nada conduce intentar convencer a cangueses y allandeses de que allí no murieron dos mujeres sepultadas por la nieve, sino que se trata de unas piedras *mutsares* transformadas por el pueblo en *mucheres* y en *muyeres* finalmente, en un alto de aguas muertas siempre en litigio entre los vaqueros de ambas vertientes.

Lo importante para los lugareños tal vez sea una arraigada valoración de la mujer en una época vaqueira, tradicionalmente asociada a los hombres. Una perspectiva etnográfica añadida a un topónimo preexistente: pues no fueron hombres los que tuvieron que subir desde Luarca hasta el alto (unos 80 km a pie, entonces), a buscar las mantas olvidadas, sino *muyeres*, precisamente, con todos los riesgos invernales ya encima. Toda una etnografía verdaderamente feminista (pero en sentido etimológico) late bajo la recreación toponímica: tal vez un homenaje letente de los pueblos altos hacia las mujeres asturianas, verdaderas madres y güelas que tantos milagros hicieron para criar fíos y atender ganado.

En fin, ¿en muchos casos, qué es más importante para los lugareños? ¿la etimología lingüística, o la etimología popular construida sobre las palabras originales, cuando pierden su función comunicativa inicial? Muchos topónimos peninsulares vivieron o siguen viviendo de los significados connotativos asociados: la misma lengua diaria lo sigue haciendo. A ver quién se atreve a decir que las *carreteras* no fueron trazadas para los coches (nada que ver las palabras respectivas); o se arriesga a ocuparlas sin más precauciones, como alguien lo haría cuando estaban transitadas por las carretas y los carros que le dieron nombre allá por los caminos medievales.

Bajo un mismo topónimo, por tanto, pueden latir muchos significados asociados: como seguimos haciendo hoy los usuarios en el lenguaje común, lenguaje científico, técnico, informático... (*mole, trabajo, calor, temperatura, ratón, virus, antivírus, gusano, troyano...*). Sobran los ejemplos en cualquier campo. Las palabras se van construyendo y modificando a la medida de los usuarios en cada contexto.

(continúa en la parte 2, ver ÍNDICE GENERAL, letra D: Discurso...).

por Julio Concepción Suárez